



Darder, A. (2017). *Freire y educación*. Madrid: Morata. ISBN: 978-84-7112-840-9

Paulo Freire falleció el 2 de mayo de 1997, hace ya 20 años; sin embargo, sus planteamientos filosóficos y pedagógicos permanecen vivos. Los intereses que ocuparon la existencia de este pensador brasileño: el ser humano, su incompletud y educabilidad; el conocimiento y sus posibilidades de construcción; el papel humanizador de la docencia; la naturaleza política de la educación y la educación popular; la concientización y su importancia en el proceso de liberación; la eticidad y los valores que entraña el acto pedagógico; la *vocación*

*ontológica de ser más* y la crítica a una escuela que no educa; la ideología y las instituciones que alimentan la alienación y opresión; la alfabetización como lectura y escritura del mundo; y la participación política como intervención valiente en aras de la transformación social, entre otras inquietudes, llevaron a Freire a producir un cúmulo de textos que hoy representan para sus lectores un valioso legado y un enorme desafío para quien quiere releerlo y reinventarlo.

132

Si bien es cierto ahora abundan estudiosos de la obra freireana y brillantes escritos que dilucidan los tópicos abordados por el fundador de la *pedagogía de la liberación*, también es verdad que escasean los discursos en los que se revela la influencia que Freire dejó en quienes han dedicado parte su vida a la comprensión del proceso educativo. Con este propósito surgió *Freire y educación*, el libro de Antonia Darder, puertorriqueña nacida en los Estados Unidos de Norteamérica, educadora de color, activista, emisaria de la pedagogía crítica y embajadora de la resistencia y la persistencia a favor de la emancipación de los desposeídos.

La obra de Darder, publicada originalmente en inglés en 2015, ha sido traducida por María Elena Gaitán y publicada por Ediciones Morata este año. En sus líneas se reconoce el tesón de quien, desempeñándose como profesora en la Universidad Loyola Marymount en Los Ángeles, California, ha vivido en carne propia los embates de una política universitaria que, según sus propias palabras: “aún reproduce dinámicas de poder efectivamente llenas de elitismo, racismo y sexismo, mientras intenta silenciar las vidas de los que van con la verdad por delante” (p. 17).

En palabras de la autora, en este libro ha intentado dejar testimonio de Freire como intelectual, educador y humanista; revolucionario del amor y la fe, cuyo

pensamiento y acción es ejemplo de valentía, compromiso, esperanza y lucha por la construcción de un mundo distinto y mejor. Así, afirma que a más de 40 años

“de la primera publicación de *Pedagogía del Oprimido*, las desigualdades e injusticias a las que se dirigía Paulo Freire en aquel entonces, aún persisten hoy día en los Estados Unidos y en todo el mundo. En muchos casos, estas condiciones han empeorado en las últimas dos décadas, con la infusión constante de los imperativos neoliberales en la educación, enfocados en la privatización, la desregulación y el sistema del mercado de libre empresa” (p. 19).

La autora lamenta que la crítica de Freire al capitalismo, raíz de todas las opresiones y dominaciones, se haya gradualmente restado de los análisis hechos a la obra de este pensador pernambucano. De la misma forma, cuestiona que su trabajo haya sido considerado “metafísico, abstracto, o denso” (p. 20). Sin embargo, bajo su óptica “fue uno de los pocos teóricos de la educación filosófica de esa época que nos inspiró a luchar” (p. 20), a descolonizar la propia mente (al advertir el efecto enajenante de la ideología), y a mostrar la educación como factor de cambio y “vehículo importante para la formación política de los ciudadanos en una sociedad democrática” (p. 22).

Antonia Darder, como educadora, erudita y activista, reconoce junto con Freire la educación como acto político. Esto implica, entre otros aspectos, la necesidad de entender la historia no como *algo que es*, sino como *algo que está siendo*. El mundo, pensaba Paulo, no es así, lo hemos hecho de esta manera aun pudiéndolo hacer de otra. Por ello, su pedagogía “descarta con valentía la aceptación acrítica del orden social imperante y de sus estructuras de explotación capitalista” (p. 24). Como Freire, Darder tampoco apuesta por hacer de los estudiantes seres dóciles, sumisos, complacientes e ingenuos. La postura de Freire que comparte, opone la conciencia crítica a la credulidad; y la lucha a la conformidad.

La autora recupera también de Freire su concepción del conocimiento como proceso, no sólo gnoseológico o epistemológico, sino histórico y político. Señala que la construcción del conocimiento no está exenta de creencias, valores y prejuicios; antes bien subraya la importancia de avivar la curiosidad, despertar la duda y examinar permanente las propias suposiciones. En este ejercicio, el diálogo y la relación dialéctica entre el sujeto que conoce, el objeto de su conocimiento y el mundo en el que tiene lugar este vínculo, permitirá develar tanto las prácticas de dominación como los mecanismos de control, clasificación, recompensa y exclusión. Todos ellos acentúan las condiciones deshumanizantes y, lo que es peor, bajo el amparo de una ideología que culpa a las víctimas, promueven la resignación y la inmovilidad social.

Para la autora, “Freire propone una pedagogía que ayudaría a que fueran visibles y explícitos los problemas de clase social y su impacto en la educación. Por ejem-

plo, la disposición clasista de las escuelas públicas [...] diseñadas para funcionar como fábricas de aprendizaje para los futuros trabajadores” (p. 35). No obstante, también señala que “las escuelas continúan ofreciendo el mantra de la preparación universitaria, sin ningún compromiso serio con lo que está sucediendo en el mundo” (pp. 35-36).

Como sabemos, el escenario mundial no es halagüeño: prevalecen problemas de diversa índole que dan cuenta de un desorden mundial. La privatización del planeta, la globalización de la violencia y el terrorismo, pero también la profundización de las desigualdades, la racionalización mercantil y la irracionalidad global, por mencionar algunos, ejemplifican bien esta época de crisis. Una crisis planetaria de múltiples rostros o, en palabras de Edgar Morin, una *policrisis* emanada del mito del progreso. Darder enfatiza por ello la urgencia de aprender a interrogar crítica y permanentemente para afrontar

“las políticas corporativas del darwinismo económico que promueven la desregularización, el libre mercado, el nacionalismo y el militarismo, a través de un ethos etnocéntrico de la ‘supervivencia del más apto’. El objetivo [precisa] es la confrontación con la economía política del capitalismo, lo que justifica descaradamente su impacto peligroso hacia millones de personas y la destrucción de los ecosistemas de la Tierra” (p. 39).

Darder advierte la necesidad de impulsar una educación multicultural, al identificar la importancia que tiene el contexto en el proceso de producción del conocimiento. Esta empresa, enfatiza, es exclusivamente humana, necesariamente colectiva y vigorosamente edificante, si se parte de la convicción de que es impensable la edificación de conocimientos sin la adquisición y comprensión de experiencias emanadas de la propia cultura. De esta manera, la curiosidad epistemológica que defendió Freire, está anclada a una cultura y, por ello mismo, es histórica y política; y su orientación puede darse a favor o en contra de la dignidad de las personas y su liberación permanente.

Esta conciencia, que tiene que ver con el reconocimiento de la politicidad de la educación, conlleva una “sensibilidad pedagógica” (p. 56) que, como sugiere Darder, explica por qué el pedagogo brasileño entendió el amor como fuerza política, orientada al respeto, la solidaridad y la emancipación. De la misma forma, revela cómo la práctica docente debe apreciar la relación educador-educando desde una perspectiva dialéctica, proclamar la defensa de las diferencias culturales y pregonar la alteridad como núcleo de la unidad. Ésta, aclara la autora, no sólo la pensó Freire como algo fundamental en el aula y la vida social, la defendió también en el propio sujeto, recordando la integralidad que le caracteriza y que lo lleva a reunir, combinar y emplear facultades cognitivas pero además emocionales, espirituales y físicas. Por ello instó a docentes y estudiantes a encarnar sus ideas y darle corporeidad a las convicciones, pese al intento de la escuela tradicional por silenciarlas. Darder escribe al respecto:

“El aula tradicional existe como una arena de domesticación, donde se objetivan el conocimiento abstracto y su construcción, junto con los estudiantes que deben consentir a su función alienante, la racionalidad limitante y el instrumentalismo tecnocrático. En este caso, la producción del conocimiento no es ni histórico ni colectivo ni fenómeno encarnado” (p. 66).

Basada en las premisas freireanas, la autora hace un exhorto para no abandonar a los estudiantes, *ni siquiera pedagógicamente*... Esto es, invita a los docentes a servirles dándoles no lo que tienen sino lo que son; haciendo de la práctica docente un acto no egoísta y de entrega permanente. Dicho acto, empero, no debe verse como dádiva ni mera transmisión de lo que el docente sabe, sino como coparticipación en un proceso inacabado en donde educador-educando, luego de la apertura hacia el otro y el despertar de la conciencia crítica, reconocen su relación con el mundo, identifican la injusticia en las estructuras sociales y materiales, y luchan de manera conjunta por recrearlo. De esta manera, apunta Darder, la “noción de concientización de Freire implica la formación orgánica de una relación íntima entre la conciencia, la acción humana, y el mundo que tratamos de reinventar” (p. 76).

Antonia Darder defiende en este sentido la noción de aprendizaje como proceso dialógico-crítico. En él, la fabricación del mundo no se entiende sin la participación activa y lúcida de los sujetos; sin el diálogo y la problematización; sin la experiencia vital y las necesidades existenciales que fuerzan a los sujetos a involucrarse en una empresa donde la construcción del conocimiento es la expresión comunitaria y contextual de quienes se asumen co-constructores del mundo. Lo anterior implica, como deja ver la autora, “una interrogación crítica de las suposiciones no examinadas y las nociones de sentido común” (p. 87), pero también, necesariamente, la sustitución de una pedagogía acrítica, alienante y domesticadora, por una que ha de ser crítica, problematizadora y humanizante. El reemplazo de aquella pedagogía no puede venir solo. Se precisan la resistencia y la lucha, así como el compromiso paciente y esperanzado con una educación diferente.

Como Freire, la autora está convencida de que “la transformación de las condiciones materiales no puede realizarse sin lograr también la transformación de la conciencia, tanto como un fenómeno personal como social” (p. 92). Con todo, ella misma señala que “la conciencia política y el compromiso de acción no se pueden transferir”, por lo que sólo una relación dialéctica y dialógica entre educador y educandos podrá hacer emerger la claridad política necesaria y la praxis crítica indispensable, para superar las ambigüedades que aparecen en la escuela y la sociedad. Como advierte Darder: “la visión pedagógica de Freire respecto a la conciencia, [la identifica] como una poderosa fuerza política de mediación en el aula y en el mundo” (p. 95).

El poderío de la conciencia ha de llevarnos entonces a reconocer la noción de lo inacabado; y a descubrir, además, esta condición en nosotros mismos, en la sociedad, la historia, el conocimiento, el aprendizaje y la enseñanza. Sólo al apreciar que

el mundo está en construcción y que sus contradicciones obligan a descifrar mejor el papel que juega nuestra libertad, podremos avivar una vocación emancipadora en aras de un sueño, una esperanza, una utopía.

En la parte final del libro *Freire y educación*, el lector encontrará un diálogo que sostuvo el educador brasileño con Antonia Darder y su colega, Peter Park. En esta conversación, que data de 1992, reflexionan sobre la marginación, el poder y el saber, la escuela pública, la necesidad de la ética y la coherencia política, la lucha persistente por darle voz a quienes han sido amordazados, la historia, la lucha social, las comunidades y la identidad. La obra concluye con un epílogo en el que se advierte que “la educación está en el centro de muchos conflictos y debates” (p. 131) actuales; lo que hace necesario cuestionar nuestro mundo, repensar la educación y reinventar la pedagogía. En estas tareas, remata Darder, es preciso “entender la resistencia, no como un eslogan o frase pegajosa, sino como un proceso pedagógico de gran alcance y un imperativo profundamente político” (p. 134). Proceso en el que Freire ha sido, es y seguirá siendo, guía conceptual y fuente de inspiración.

*Germán Iván Martínez-Gómez*

Escuela Normal de Tenancingo, México